

La carta familiar

Información, sentimientos y vínculos mantenidos en el tiempo y en el espacio

Malena Chinski*
Elizabeth Jelin**

Este artículo se basa en un trabajo con un conjunto de cartas, fotografías y documentos de una familia judía oriunda de Polonia.¹ El archivo —que más que un archivo debería describirse como un bolso lleno de cosas— llegó a nosotras gracias a que una mujer, miembro de la familia, guardó estos materiales a lo largo de toda su vida. Por otra parte, este archivo es y por el momento seguirá siendo privado, por lo que no está sujeto a las lógicas de clasificación archivísticas. El ordenamiento de los materiales corre por cuenta de las investigadoras.²

La correspondencia comprende varios cientos de cartas y abarca una pluralidad geográfica; incluye distintas ciudades de Polonia, así como de Argentina, Estados Unidos y Palestina/Israel, entre las décadas de 1930 y 1960. La gran mayoría de estas cartas fue escrita en el idioma materno de sus autores y autoras, el ídish. El trabajo con correspondencia en ídish agrega una dimensión hermenéutica específica a nuestra investigación, que involucra no solo desentrañar caligrafías y diversidades ortográficas, sino también el esfuerzo por sostener una mirada antropológica alerta, ya que debemos interpretar prácticas culturales que vivimos como sobreentendidos por nuestra tradición familiar judía, y traducirlas a nuestro propio idioma —el castellano— y a nuestro contexto contemporáneo.

En este texto proponemos abordar la carta como un objeto que habilita prácticas sociales vinculares entre personas. Esta aproxi-

mación tiene objetivos distintos a los de la investigación histórica, la cual generalmente pondera la correspondencia personal como una fuente de datos en torno a procesos migratorios, en relación a la realidad encontrada en el nuevo lugar, la vida cotidiana, el contraste entre lo que se deja y lo que se adquiere, y otras cuestiones.³ Asimismo, nuestro enfoque se distingue de una aproximación de tipo lingüístico o retórico, la cual aborda la carta como un género discursivo de expresión de la subjetividad y la autobiografía.⁴

La carta familiar es una fuente fundamental para la historia social, en tanto permite abordar transformaciones y reinenciones de los vínculos familiares, como subproducto de las grandes migraciones del siglo XX. En muchos casos de migración de Europa a América, la distancia geográfica había sido entendida como permanente e irreversible por los actores involucrados. La distancia debió ser incorporada al vínculo familiar de algún modo, y este modo fue —durante largas décadas— el intercambio sostenido de cartas.⁵

La materialidad de la carta manuscrita

La carta manuscrita tiene “dos caras”. Por un lado, la materialidad

* Universidad Nacional de General Sarmiento / Instituto de Desarrollo Económico y Social.

** CIS - CONICET / Instituto de Desarrollo Económico y Social.

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en *VII Jornadas de Historia de las Izquierdas del CeDInCI*, Buenos Aires, 15 de noviembre de 2013.

² Ya aclarado este aspecto de nuestras fuentes, nos referiremos a ellas como “archivo familiar Esther”, el cual ha sido legado a Elizabeth Jelin. Antes del surgimiento del presente proyecto, Jelin construyó un primer *corpus* de cartas para la elaboración de su trabajo sobre la localidad de Eldorado, Misiones. Ver: “Rosas transplantadas y el mito de Eldorado. Travesías en el tiempo, en el espacio, en la imagen y en el silencio”, en *Revista del Museo de Antropología*, vol. 2, Universidad Nacional de Córdoba, 2009, pp. 75-86.

³ El trabajo clásico de uso de correspondencia familiar como fuente para el estudio de procesos migratorios y de la integración de inmigrantes a sociedades receptoras es el de William I. Thomas y Florian Znaniecki: *The Polish peasant in Europe and America*, publicado originalmente en cinco volúmenes entre 1918 y 1920.

⁴ Por ejemplo, aparecen menciones a la correspondencia en Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 112-115.

⁵ En el plano de los estudios de la experiencia judía en América Latina, las cartas familiares permiten además acercarnos a la experiencia vivida por personas no afiliadas a instituciones, a las cuales es más difícil de acceder. Raanan Rein ha insistido en la necesidad de incorporar a la agenda de los estudios judaicos latinoamericanos las experiencias de los judíos no afiliados (Raanan Rein, “Nuevas aproximaciones a los conceptos de etnicidad y diáspora en América Latina: la perspectiva judía”, en Raanan Rein, *¿Judíos-argentinos o argentinos-judíos? Identidad, etnicidad y diáspora*, Buenos Aires, Lumiere, 2011, pp. 27-48).



dad dada por el papel y la tinta; por otro lado, todo lo que ella transmite en forma de palabras. La cara se asemeja a la fotografía clásica de personas, la cual también consta de un soporte material y de un aspecto simbólico dado por el referente y las connotaciones de la imagen.⁶

Señala Barthes que, si bien no es imposible, percibir el *significante fotográfico* —expresión que utiliza para referirse al soporte material— exige un acto secundario de saber o de reflexión.⁷ En contraste, en la carta manuscrita el significante se percibe más fuertemente, ya que permanece allí una huella física individualizadora del sujeto que la escribió en el pasado. En efecto, el movimiento de la mano da lugar a un trazo singular y único y permite incluso reconocer al remitente sin haber leído su firma, sobre todo cuando la correspondencia es frecuente. En este sentido, podríamos aventurar la hipótesis de que *el remitente se adhiere* a la carta.⁸

El pedazo de papel manuscrito trae la presencia de la persona que la escribió, no solo por lo que la carta dice sino por lo que la carta es: una huella de la instancia de escritura. Parafraseando una vez más a Barthes, la presencia de la persona —escribiendo la carta en un momento pasado— nunca es metafórica.⁹

Estos elementos son importantes para comprender la fuerza de la carta familiar en el sostenimiento de vínculos sociales a través del tiempo y el espacio.

Vínculos familiares a distancia en la cultura popular judía en ídich

Los vínculos a distancia y las cartas como único medio de mantenerlos son tópicos que tienen una historia larga en el imaginario judío de raíz europeo-oriental. En la literatura ídich, Scholem Aleijem dejó plasmado el célebre intercambio epistolar ficticio entre un hombre ambicioso pero muy poco hábil para los negocios, Menajem Mendl, siempre en viaje a través de los territorios rusos, y su esposa Sheine Shéindl, quien permanecía en la aldea (ficcional) Kasrílevke con los niños, a la espera del retorno de su marido. En clave humorística, la mujer expresa en las cartas a Menajem Méndl el miedo al abandono:

¡Todo el mundo te tiene presente! La otra semana va tu parienta Kreyndl, inmolada sea ella por mí, se encuentra con mi madre en el mercado, junto al puesto de los pescados, y empieza a

compadecerme y a llorarme en vida, ¡que un forúnculo le brote! ¿Por qué, dice ella, no te exijo el divorcio y que se acabe de una vez por todas esta historia?¹⁰

La cuestión que aparece allí es el miedo de la mujer a quedar en condición de *agune*, de esposa abandonada y por lo tanto imposibilitada de volver a contraer matrimonio según la ley judía por no haber obtenido el divorcio de su esposo. Esta es una modalidad habitual en que los vínculos familiares a distancia aparecen representados: el peligro de que el esposo no retorne al hogar. Scholem Aleijem confirma al final del libro estos fantasmas, con el anuncio de Menajem Méndl de su inminente partida a Norteamérica.

A pesar de tratarse de un ejemplo de la ficción, el hecho representado en **Menajem Mendl** era habitual en el contexto de las aldeas y ciudades de Europa a fines de siglo XIX y principios del XX. El inicio de las migraciones masivas hacia América marcó un recrudescimiento del problema de las mujeres abandonadas en Europa por sus maridos, quienes habían prometido reunir el dinero para llevarlas a América, y luego interrumpían, en ciertos casos, la comunicación con ellas. De hecho, el popular diario socialista ídich de Nueva York, **Forverts**, dedicaba una sección especial a mujeres en esta situación, titulada "*Gallery of Missing Husbands*".¹¹

En la carta de una lectora del **Forverts** fechada en 1906, nos enteramos que su esposo había emigrado de Rusia a los Estados Unidos seis años antes y que el contacto se había interrumpido de manera definitiva:

Al principio me escribió que le costaba encontrar trabajo, por lo que no podía mandarme nada [de dinero] para vivir. Sufrí terriblemente. No podía salir a trabajar porque estaba embarazada. Y cuanto más difícil era mi situación, más tristes eran las cartas de mi marido. [...] Después sus cartas se volvieron más esporádicas. Semanas y meses pasaron sin una palabra. En un momento fui a ver al rabino del pueblo y le rogué que tuviera piedad de mí, una mujer abandonada. Le pedí que escribiera a un rabino de Nueva York para averiguar qué le había pasado a mi esposo.¹²

El desenlace de la historia era tristemente previsible: el marido había formado una nueva familia en Nueva York.

Los vínculos a distancia como producto de las migraciones se volvieron también un tópico recurrente de la cultura popular ídich. Una vez más, aparece asociado al peligro de ruptura de los vínculos como consecuencia de la distancia. Frecuentemente, se men-

⁶ Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós, 1994.

⁷ *Ibid.*, p. 30. Desde luego, las reflexiones de Barthes deben situarse en su contexto. Hoy resultan relativamente desactualizadas debido a las posibilidades técnicas desarrolladas en fotografía para hacer evidente el significante fotográfico.

⁸ Hemos adaptado a nuestro objeto la hipótesis de la adherencia del referente enunciada por Barthes sobre la fotografía: "Sea lo que fuere lo que ella ofrezca a la vista y sea cual fuere la manera empleada, una foto es siempre invisible: no es ella a quien vemos. Total, que el referente se adhiere" (Roland Barthes, *La cámara lúcida*, op. cit., p. 32).

⁹ "En la Fotografía la presencia de la cosa (en cierto momento del pasado) nunca es metafórica..." (Roland Barthes, *La cámara lúcida*, op. cit., p. 123).

¹⁰ Scholem Aleijem, **Menajem Mendl**, traducción de Luis Goldman, revisión y corrección de Susana Skura y Paula Mahler, Buenos Aires, Colección Mil Años, 2012, p. 91.

¹¹ Ver: Ellen Kellman: "Aiding the Female Immigrant Reader or Entertaining Her?: The Jewish Daily Forward and its 'Gallery of Missing Husbands' (ca. 1908)", en Fruma Mohrer (ed.), **New York and the American Jewish Experience**, Nueva York, YIVO Institute for Jewish Research, 2013.

¹² Isaac Metzker (ed.), **A Bintel Brief. Sixty Years of Letters from the Lower East Side to the Jewish daily Forward**, Prólogo y notas de Harry Golden, Nueva York, Schocken Book, 1990, pp. 56-57. Traducción nuestra del inglés.

ción el carácter altamente vulnerable de los vínculos mantenidos mediante la sola correspondencia transoceánica.

Sin duda una de las canciones más famosas del repertorio popular en idish es “*A brivele der mamen*” (“Una cartita a mamá”), compuesta por Salomon Smulewitz en 1907. La letra habla de una madre que despidió a su hijo antes de su partida hacia Norteamérica y lo único que le pide es que no la olvide y le escriba. Transcribimos el estribillo:

Una cartita a mamá
No te demores
Escribible pronto, mi querido hijo
Enviale el consuelo
Tu mamá leerá tu carta
Y se sentirá reconfortada
Curá su dolor
Su amargo corazón
Y reviví su alma.¹³

Sin embargo, relata la canción que el hijo se instala en Nueva York, forma una familia, y no responde a las cientos de cartas de su madre, quien sufre hasta el día de su muerte. Un día, el hijo recibe la noticia de la muerte de su madre, junto con un último mensaje: que al menos pronuncie por ella el *kadish*.¹⁴

La importancia de la carta familiar, junto a las fotografías enviadas por correo, ha sido plasmada en la expresión “*papirene kinder*”: “hijos de papel”. Ésta fue forjada en una canción popular del teatro idish antes de la Primera Guerra Mundial, y pasó al lenguaje coloquial para hacer referencia a la amargura de las experiencias migratorias, cuando las familias perdían contacto con los hijos que habían emigrado de Europa del Este a las Américas. Transcribimos una de las versiones:

Hijos de papel tengo en la pared,
Hijos de papel—¡y estrujo mi corazón!
Papel se han vuelto mi carne y mi sangre,
Me quejo y grito —vanos son mis gritos.
Los pedacitos de papel, ¿qué sienten ellos?
¡Hijos de papel tengo en la pared!¹⁵

En esta canción, “*papirene kinder*” remite específicamente a las fotografías de los hijos, pero en el imaginario idish-parlante incluye las cartas enviadas cada vez más esporádicamente por los hijos a sus padres en Europa. En Alemania los judíos forjaron una expresión paralela en alemán, “*aus Kindern werden Briefe*”: “los hijos se transforman en cartas”.¹⁶

¹³ Traducción nuestra del idish. La letra completa en lengua original y en traducción al inglés se encuentra disponible en numerosos sitios de internet.

¹⁴ Plegaria de duelo que los hijos deben pronunciar diariamente durante un año tras la muerte de sus progenitores, según la liturgia fúnebre judía.

¹⁵ Traducción nuestra del idish. Existen distintas versiones de “*Papirene kinder*”. Citamos la versión de Morris Rund (letra) y David Meyerowitz (música). Tomada de Mendele. *Forum for Yiddish culture and language*, vol. 5.062, <http://www.ibiblio.org/pub/academic/languages/yiddish/mendele/vol5.062>, acceso 11 de julio de 2014.

¹⁶ Cfr. Alfredo Schwarcz, *Y a pesar de todo... Los judíos de habla alemana*

Vemos entonces que los vínculos a distancia han constituido un tema central para las familias judías ashkenazíes (del centro y el este de Europa) desde el mismo comienzo de las migraciones. Los miedos asociados a la distancia están necesariamente relacionados con la carta como último objeto capaz de mantener vivos los vínculos.

Carta familiar y prácticas sociales vinculares

El archivo de cartas familiares de Esther J. está integrado por una multiplicidad de autores y autoras no consagrados/as. Cécile Dauphin, especialista en el tema, destaca esta peculiaridad de los archivos “ordinarios”:

“Testigos involuntarios de su tiempo”, según la expresión de Marc Bloch, los epistolarios ordinarios están acreditados por un excedente de candor, de espontaneidad. Es como si estuvieran desprovistos de segundas intenciones, al contrario de los grandes testigos cuyos escritos se suponen destinados a instruir la opinión, a sus contemporáneos o a los futuros historiadores.¹⁷

La involuntariedad testimonial de quienes escribieron las cartas contrasta con la voluntad archivística minuciosa de Esther J., quien guardó esos materiales a lo largo de las décadas y a través de sucesivos movimientos geográficos.

El contacto con estos materiales nos lleva a considerar a la carta familiar como un abigarrado conjunto de elementos entrelazados, como capas geológicas que interactúan y se modifican mutuamente, que se funden a veces: la transmisión de información, la expresión de sentimientos y pensamientos, la descripción de situaciones, las disquisiciones en torno a la carta misma, las fórmulas propias del género, la simple expresión de presencia o ausencia. Un recorrido detallado por algunas capas de una carta familiar puede resultar iluminador de un conjunto de prácticas sociales vinculares, en cuyo centro está, precisamente, la carta.

Las cartas transmiten eventos fácticos, que generalmente se refieren a aspectos personales y familiares de la vida cotidiana, nacimientos, enfermedades y muertes, y —cuando se trata de cartas de personas jóvenes— muchas referencias a amigos y amigas y a actividades sociales y culturales. Permiten apreciar cómo los grandes procesos históricos se encarnan en biografías singulares y afectan de modo profundo la vida de los sujetos que comparan sus impresiones y sentimientos.

A los fines del análisis aquí presentado, hemos elegido una carta fechada a principios del año 1939. En ella, una mujer de nombre Rivke escribe desde Grodno (Polonia) a su cuñada Esther, quien había emigrado a la Argentina a fines de 1938 para reunirse con su futuro marido (hermano de la autora de la carta). Al momento de

en la Argentina, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, p. 56.

¹⁷ Cécile Dauphin, “La correspondencia como objeto histórico. Un trabajo sobre los límites”, traducción de Adriana Petra, en *Políticas de la Memoria*, n° 14, verano 2013/2014, p. 11.

recibir la carta, Esther ya se había casado. Presentamos algunos fragmentos (no necesariamente en orden de escritura) de esta carta, que aluden a las prácticas en torno a la carta misma.

a. La situación de escritura y lectura

Nuestro imaginario suele representar las situaciones de escritura y lectura de una carta familiar como momentos privados: una persona escribe en soledad y envía la carta. Un tiempo más tarde ésta llega a manos de su destinatario/a, quien la lee en ese momento, tal vez vuelve a leerla al redactar la respuesta, y luego la guarda junto a otras cartas o la tira.

Sin negar que esta dinámica pueda ser cierta en muchos casos, el contacto con el archivo revela un conjunto de prácticas en torno a la carta que complejizan el cuadro. Tomemos unas líneas en las que Rivke describe la situación de llegada y de lectura de la carta de Esther:

Grodno 15/1 – 39

¡Querida Ester!

Viernes a la noche. Las velas sobre la mesa. Estamos comiendo ya el pescado. Bailo y salto de alegría. Primero contemplo la fotografía. ¡Enseguida leo que son felices! Ya estoy tranquila. Despacio leo y más de una vez me aparecen lágrimas en los ojos de alegría. Por supuesto que en la misma velada leo un par de veces la carta para los conocidos que van entrando. [...]

Ay, Esthercita, tantas veces leí tu carta. La leen las cuatro chicas —Luba, Henie, Dora, Teikele, etcétera. Estuvo un largo rato Leizer —de vuelta leímos—. Durante las vacaciones estuvo en mi casa Jaim Sovitski —también a él le leímos— ahora tu Jane [y] Shleimke y otros. Como ves, Esther, dejaste muchos buenos amigos que se interesan por escuchar que sos feliz.¹⁸

La descripción bucólica de la velada sabática ayuda a acercar a su destinataria, mediante imágenes mentales, a ese hogar geográficamente alejado y que tanto añora.

Por otro lado, está claro que la lectura de la carta de Esther se prolonga en el tiempo, involucrando la cena, las vacaciones y varias visitas de amigos. Además, incluye a un conjunto de personas, no solo a Rivke, a quien iba dirigida la carta. Parece entonces que la carta contribuye a mantener un vínculo social a distancia, dentro de un entramado de espacios y personas que excede al remitente y al destinatario directo. De hecho, las aclaraciones acerca de con quién se autoriza a compartir la lectura son recurrentes en muchas cartas, lo cual se basa en el sobrentendido de que sin estas aclaraciones, la carta naturalmente se compartirá con otros.¹⁹

¹⁸ Rivke a Esther J., Grodno, 15 de enero de 1939. Todas las cartas citadas y mencionadas en este apartado provienen del archivo familiar Esther J. Las citas son traducción de las autoras.

¹⁹ Por ejemplo, en una carta de 1931 desde Eldorado se relata un accidente y al final quien escribe agrega una postdata que da por supuesto que la carta se compartirá: "PS. Por favor no le cuentes a nadie lo que me pasó, porque a mi casa escribimos que me dolía un costado. Podés arrancar el peda-

La instancia de redacción también se prolonga en el tiempo, y no pocas veces el papel pasa a manos de otra persona para que agregue su parte. De este modo, la carta va tomando forma durante el transcurso de varios días o incluso meses. En nuestro ejemplo, Rivke continúa ella misma la carta un mes y medio más tarde: "¡Querida Estercita! Si alguien viniera y me dijera que te iba a dejar esperando sin respuesta por dos meses, me hubiese reído —o me habría enojado mucho. Pero la vida es más fuerte. Tengo mucho para contar pero solo pequeñeces, tonterías".

La prolongación en el tiempo, tanto de la lectura como de la escritura, da a la carta una especie de espesor, ya que muestra que es el producto de un proceso, a lo largo del cual las personas reflexionan, si bien de modo intermitente y asistemático, acerca del vínculo que las une. Pareciera que el momento de escritura de la carta fuera vivido por quien la escribe como un momento de encuentro —o de reencuentro, cuando se retoma la redacción de la misma.

b. La conversación sobre la carta

Una capa de la carta que tiene particular presencia en nuestro archivo es la extremadamente frecuente referencia a la carta dentro de la misma carta. Encontramos numerosas frases que expresan disculpas, enojos y justificaciones por la demora en responder una carta, así como disquisiciones sobre qué escribir, cuánto y en qué momento.

Estoy segura de que esperarás mi carta, aunque la escribo recién ahora. Pero no pienses que es una venganza. Yo estaba enojada con vos, efectivamente [...] Pero ¿vengarme? ¡Eso no! Simplemente no tenía qué escribir. Hoy tampoco tengo. Pero pasó un tiempo —y sabés que nos agobia cuando no hay respuesta a una carta.²⁰

La demora en una respuesta tenía connotaciones dramáticas para las familias judías en el contexto de las grandes migraciones. Por eso la carta es un modo de decir "aquí estoy", más allá de lo que efectivamente diga. Opera como una reafirmación del vínculo afectivo que une a quien escribe con su destinatario/a y confirma que ninguna de las dos partes rompió el pacto de continuidad. De hecho, encontramos reiteraciones muy frecuentes de expresiones como "aquí no hay novedades", o "en verdad no tengo mucho para contar" en las cartas del archivo.

zo de carta..." (Samuel J. a Esther J., Eldorado, 3 de octubre de 1931).

²⁰ Rivke a Esther J., Grodno, 15 de enero de 1939. También las cartas reflejan "modas" y sus transgresiones: "Ahora tengo que repetir una vez más mi principio: yo no escribo cuando recibo una carta y debo contestar como está de moda (en ese caso, yo no sigo la moda) sino que escribo cuando siento que debo escribir y cuando hay algo que desde el corazón grita "escribime!", escribe Esther desde Polonia a su amigo-novio en Misiones (Esther J. a Samuel J., Indura, 29 de diciembre de 1931). La respuesta de él: "Me preguntás por qué escribo tan poco! Ustedes allí en Polonia tienen unas hojas de papel chiquitas, y cuando escriben unas páginas les parece que escribieron el mundo entero. Y aquí en Argentina tenemos hojas grandes, y al escribir media hoja escribimos más que ustedes" (Samuel J. a Esther J., Eldorado, 15 de junio de 1932).

A la conversación en torno a la carta hay que añadir los comentarios insistentes y repetitivos sobre las fotografías que fueron o no fueron enviadas junto con las cartas, o los pedidos de que estas sean enviadas: “Esthercita, me gustaría mirarte. ¿Cómo te acomodaste? Verte junto con Muli. En tu casa, en tu propio hogar”. Estas expresiones refuerzan el anhelo de encuentro y cercanía en una situación de comunicación caracterizada eminentemente por la distancia. Es decir, hablar sobre la imagen del otro es una forma de crear la ilusión de su presencia y manifestar un deseo de cercanía.²¹

c. La expresión del afecto

Un elemento que caracteriza las cartas familiares en todas sus capas es la investidura afectiva de la palabra escrita. La instancia más evidente es la expresión de sentimientos por la otra persona.

Decirte que me faltás a cada paso no es exagerado. Porque decenas de veces recuerdo tu nombre cada día. Vos existís en nuestra casa e incluso todos los conocidos ya te conocen. Siento que estás acá con nosotros. Eso me hace pensar que también nosotros existimos en vos todavía.²²

El afecto atraviesa al discurso mismo y lo transforma cualitativamente en la carta familiar. Se trata de una inherencia de la afectividad en el discurso, no de una propiedad o parte separable. Esto se constata también en las memorias y reflexiones que aparecen en la carta:

Querida Esther. ¿Te acordás del brindis, cuando bebimos por el casamiento de tu hermano? Nos fuimos aparte. Y bebimos por el éxito de nuestras cosas. Y la mitad se cumplió, con tanta suerte. Esperaremos y veremos lo que el tiempo traerá. Entonces lo tuyo parecía una fantasía y tan rápido se hizo realidad. Así que podés esperar, Esthercita, que tu actual “fantasía” de vernos también se haga realidad. Es solo una cuestión de dinero —y tiempo. Así que es una pequeñez.

[..]

Querida Esther, escribís con un poquito de nostalgia. Eso no va con vos. ¿Tenés idea cuán aburrido [¿?] e inseguro es acá? Felices deben ser todos los que pueden irse. Imaginate que incluso tu mamá (tu hermano me lo contó) está contenta con tu partida. No tenés lo qué extrañar, Esthercita. Y ver a tus parientes, los vas a ver.²³

A diferencia de las cartas de filósofos, en las cartas de personas “anónimas” para la historia los recuerdos y pensamientos son expresiones de afectividad, ya que están destinados a la persona con quien se comparten de forma íntima.

Reflexiones finales. El trabajo de investigación con cartas familiares

La carta desde Grodno del año 1939 nos mueve a compartir aquí una cuestión específica que surge de nuestro trabajo con este archivo. La lectura de esta carta es necesariamente trágica: conocemos el final de la historia. Sabemos que las afirmaciones de Rivke a Esther, de que volverán a verse y de que Esther volverá a ver a su familia no se cumplirán.

Muchas cartas del archivo fueron redactadas en Polonia en vísperas de la Shoá, por personas que padecieron la ocupación alemana, las deportaciones y la muerte, pero que ignoraban completamente lo que les deparaba el futuro cuando redactaron estas cartas. Otras cartas y fuentes nos permitieron conocer parcialmente el destino de algunos miembros de esta familia, entre ellos la autora de la carta, quien fue asesinada en Auschwitz a la edad de cincuenta y ocho años.²⁴

Teniendo en cuenta esto, quisiéramos dejar abierto el dilema de cómo manejar metodológicamente la cuestión del anacronismo en nuestra propia lectura. Inevitablemente nos ocurre algo semejante a lo que Roland Barthes planteó sobre la fotografía: “observo horrorizado un futuro anterior en el que lo que se ventila es la muerte”.²⁵ Pero mientras que Barthes intentaba desentrañar la naturaleza de la fotografía en tanto representación de personas que necesariamente morirían, en el caso de nuestras cartas nos enfrentamos a una muerte que nada tuvo de natural ni necesario.

A modo de cierre quisiéramos plantear que el carácter de investidura afectiva de las cartas familiares nos coloca como investigadoras en una situación compleja, ya que nos lleva a preguntarnos en qué medida no incurrimos en una invasión de la intimidad de las personas que escribieron estos textos como mensajes personalizados y no como documentos históricos. No se trata meramente de un dilema ético en términos abstractos, sino de una incomodidad constitutiva ante la carta, a la que nosotras hemos convertido en un documento. Esta incomodidad resulta coherente, precisamente, con nuestras hipótesis, ya que los afectos que dieron origen y sentido a las cartas no contemplaban nuestra lectura y en consecuencia nos excluyen.

Desde el punto de vista de las personas que mantuvieron esta correspondencia, las cartas han caído en manos extrañas y anónimas. También es cierto que, sin habérselo propuesto, nuestra

²¹ Prácticamente no hay carta sin alguna mención a las fotos: las recibidas, las que se envían, las que se querría enviar pero no se puede por diversos motivos (desde estar demasiado ocupado hasta señalar que el laboratorio no había recibido los químicos), las que uno tiene y no tiene (por ejemplo, “quiero mandarte una foto sola, pero siempre estamos en grupo”).

²² Rivke a Esther J., Grodno, 15 de enero de 1939.

²³ *Ibidem*.

²⁴ Página testimonial de Rivke Fajnsod (en hebreo). En: *Yad Vashem: The Central Database of Shoah Victims' Names*, <http://db.yadvashem.org/names/search.html?language=en>, acceso 12 de julio de 2014. El centro de documentación Yad Vashem constituyó esta base de datos, la cual se ha expandido a lo largo de los últimos cincuenta años, gracias a la información proporcionada por familiares de las víctimas y mediante el recurso a fuentes escritas. El idioma de las páginas testimoniales varía según la persona que haya completado el documento. En el caso de Rivke, la página que consultamos fue remitida a Yad Vashem por su hija Rójele, que había emigrado a Palestina antes de la invasión de Polonia.

²⁵ Roland Barthes, *La cámara lúcida*, op. cit., p. 146.



inmersión en el universo de estas redes familiares devino una práctica de la memoria, un rescate simbólico de la identidad de un conjunto de personas a quienes se intentó borrar del mundo.

Resumen

En este trabajo presentamos los primeros avances de un proyecto de investigación sobre un archivo privado de cartas, fotografías y otros documentos pertenecientes a una familia judía oriunda de Polonia. Nos concentramos específicamente en la carta familiar como un objeto que habilita prácticas sociales vinculadas entre personas que quedaron distanciadas geográficamente de manera definitiva, tras los procesos migratorios del siglo XX.

En el primer apartado exponemos los modos como aparecen plasmados los tópicos de los vínculos a distancia y las cartas en la cultura popular judía de raíz europeo oriental. En el segundo apartado analizamos empíricamente cómo se sostienen y recrean los vínculos a distancia en y a través de las cartas.

Palabras clave

Carta familiar; Vínculos; Migraciones; Tiempo; Espacio

Abstract

This paper presents preliminary advances of a research project based on a private archive of a Polish Jewish family, which comprises letters, photographs and other documents. We focus specifically on the letter as an object enabling relationships among people who remained geographically distant in a permanent basis, after the migration processes of the twentieth century.

In the first part we expose how the topics of long distance and letters were captured in Ashkenazi popular culture. In the second part we analyze how family relationships were in fact sustained and recreated in and through the letters.

Keywords

Family letter; Relationships; Migrations; Time; Space